

ENTORNO



NOS gusta mucho el hogar, y de él, en este tiempo en que da frío ver los árboles tan despoblados de hojas y sudor ver los libros de texto con tantas, en este tiempo, lo que más nos agrada de todo es ese mueble tan femenino que se viste de faldas y se adorna de flores; ese mueble que se parece tanto a la madre porque a todos cobija y a todos caldea: ese mueble, en fin, femenino cien por cien, abierto a todos los intercambios de novedades y noticias más o menos adulteradas, según el grado expansivo de las personas que se reúnen a su alrededor.

Lo bueno de esta mesita que se llama camilla —y no busquemos la etimología de la palabra porque todo lo femenino tiene tantos principios como fines— es que no puede hablar, aunque ahora, la verdad, quisiéramos echar un parralillo con ella. ¡Debe saber tantas cosas! Desde los problemas del jefe de la casa hasta los placeres del felino que ronca en un paraíso de trévedes al calor tenue de un polvillo encendido.

Nosotros conocemos a las personas por sus obras; ella los conoce por sus ruidos: el rítmico chocar de las agujas vertiendo sobre el tapete menuditos copos de lana sabe que es de la madre. De sus manos —ya un poco oscuras por las caseras faenas— van saliendo prendas de abrigo. Estas labores duran hasta muy entrada la primavera. ¡Hay tantos pobres a quien cubrir y a quien abrigar!

Los recortes del periódico y las miguitas de pan son del niño pequeño; allí pasó toda la tarde, a ratos haciendo muñequitos, a ratos escuchando los cuentos que la hermana mayor —con cariño maternal más que fraternal— ingeniaba para distraerle, mientras sus manos —tersas manos de veinte abriles— acariciaban, que aquello no era tocar, el pañuelo blanco, suave, destinado a alguien que no era de su mismo sexo. Las puntadas menudas, como si estuviese pensando que las mayores cosas, las más trascendentes, se formaron siempre así, a costa de muchas pequeñeces, de muchos sacrificios ocultos, de muchos desvelos que nadie conoció...

Una voz juvenil impone silencio; es el niño que se las da de culto porque alcanzó el tercero de bachiller, que estudiando su lección de historia ha dado con una curiosa anécdota. Se le escucha con agrado porque trece años ya son trece años.

Dejemos ahora las escenas familiares y examinemos esas otras mesas en las que se reúne la vecindad. No nos interesa la de los hombres que no saben más que hablar de negocios, de política y de arreglar el mundo cuando —así, entre paréntesis— saben ellos que las que andan desarregladas son las conciencias... La otra, la muestra en la que se habla... busquemos la excepción de la regla y digamos qué es lo que allí no se habla para terminar antes. Desde los castos amores de los santos hasta el suicidio por celos desfilan sobre su tapete, amén de los cuarenta casos y cosas del pueblo, todos ellos en esa intimidad femenina que ha sabido llenar el mundo de secretos.

Empezamos diciendo que la mesa camilla se parecía mucho a la mujer; reconocemos ahora que tiene una virtud a su favor: la de saber callar.

Dibujo de F. Piñas.

María Isabel Pedrero.